

**“TUS HIJOS CON EXTRAÑOS”: ESCRITORES BRITÁNICOS MENOS
CONOCIDOS EN LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA**

RESUMEN DE LA TESIS

DOCTORANDO: PAUL JOSEPH MELIA

**TÍTULO DE LA TESIS: “TUS HIJOS CON EXTRAÑOS”: ESCRITORES
BRITÁNICOS MENOS CONOCIDOS EN LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA**

Vº Bº EL DIRECTOR DE LA TESIS

FDO: ANTONIO R. CELADA

ÍNDICE

LISTADO DE ILUSTRACIONES.....	7
SUMARIO.....	9
INTRODUCCIÓN.....	10

PRIMERA PARTE: *EL MARXISMO*

CAPITULO UNO: EL CREDO MARXISTA

I. 1. 1 Antecedentes.....	18
I. 1. 2 La coacción para el acatamiento.....	19
I. 1. 3 John Cornford, Julian Bell y Ralph Bates.....	21

CAPÍTULO DOS: LA DIVISIÓN SOCIAL

I. 2. 1 La dialéctica proletariado-burguesía.....	24
I. 2. 2 La percepción de la injusticia.....	27
I. 2. 3 Los comunistas burgueses.....	29

CAPÍTULO TRES: LA REVOLUCIÓN

I. 3. 1 Lo irremediable.....	32
I. 3. 2 El miedo y la libertad.....	33
I. 3. 3 Después de la revolución.....	36

CAPÍTULO CUATRO: LA UNIÓN SOVIÉTICA

I. 4. 1 Los antecedentes políticos.....	38
I. 4. 2 Los reportajes de escritores occidentales.....	39
I. 4. 3 El Imperio ruso contra el Imperio británico.....	45
I. 4. 4 Trotsky.....	47

CAPÍTULO CINCO: LAS TEORÍAS MARXISTAS

I. 5. 1 La literatura.....	49
I. 5. 2 El hombre dueño de su destino.....	52
I. 5. 3 La infalibilidad de Marx.....	55

I. 5. 4 El internacionalismo proletario contra el nacionalismo	57
I. 5. 5 Variantes de democracia.....	60
I. 5. 6 Los peligros de un socialismo débil.....	64
I. 5. 7 Un gobierno comunista de futuro.....	67
I. 5. 8 La religión.....	71
I. 5. 9 La fuerza y la disciplina comunista contra la anarquía burguesa.....	74

SEGUNDA PARTE: ESPAÑA

CAPÍTULO SEIS: LA VISIÓN DESDE EL EXTRANJERO

II. 6. 1 La situación política.....	79
II. 6. 2 La alianza de la monarquía, la iglesia católica y el fascismo.....	86

CAPÍTULO SIETE: LA VISIÓN DESDE ESPAÑA

II. 7. 1 Los escritores	90
II. 7. 2 La confrontación	91
II. 7. 3 La injusticia social.....	96
II. 7. 4 La lucha contra la inercia y el conservadurismo.....	99
II. 7. 5 Los discípulos de la negación.....	102
II. 7. 6 La otredad del gitano.....	104

CAPÍTULO OCHO: EL CREDO POLÍTICO

II. 8. 1 Los anarquistas	107
II. 8. 2 Los comunistas.....	113

CAPÍTULO NUEVE: LA SOCIEDAD ESPAÑOLA

II. 9. 1 La Iglesia	119
II. 9. 2 Una alianza impía	131
II. 9. 3 Nobleza obliga.....	134
II. 9. 4 Hombres, mujeres y la atracción mutua.....	138
II. 9. 5 Mujeres mundanas.....	141
II. 9. 6 El conocimiento como poder	144

TERCERA PARTE: LA GUERRA

CAPÍTULO DIEZ: POR QUÉ VINIERON

III. 10. 1 La visión británica del fascismo.....	152
III. 10. 2 Inquietud	155
III. 10. 3 La lucha contra el pacifismo y el legado de la I Guerra Mundial....	157
III. 10. 4 Un impulso inexplicable.....	165

CAPÍTULO ONCE: AYUDA O INTERFERENCIA	
III. 11. 1	Las ambiciones soviéticas y fascistas y la cooperación internacional...168
III. 11. 2	A la búsqueda del enemigo soviético.....173
III. 11. 3	La lealtad y el comunismo.....177
III. 11. 4	La España tradicional y la incursión fascista181
III. 11. 5	<i>The Volunteer for Liberty</i>186
III. 11. 6	El POUM.....192
CAPÍTULO DOCE: EL CONFLICTO MILITAR	
III. 12. 1	Disciplina y organización.....199
III. 12. 2	Intrusos.....205
III. 12. 3	Una guerra de ingenieros.....209
III. 12. 4	Bajo el fuego enemigo.....215
III. 12. 5	La muerte.....222
ADDENDA.....	226
CONCLUSIÓN	227
BIBLIOGRAFÍA.....	235
APÉNDICE 1.....	247
APÉNDICE 2.....	266
APÉNDICE 3.....	268
RESUMEN EN ESPAÑOL.....	271

INTRODUCCIÓN

Parece existir ya entre historiadores y críticos un acuerdo generalizado al afirmar que la Guerra Civil española marcó a toda una generación de escritores e intelectuales progresistas de habla inglesa. Ciertamente que supuso un toque de atención innegable y que fueron muchos los que se sintieron atraídos por lo que estaba ocurriendo en un país en aquel momento lejano para ellos. Unos, como fue el caso de Auden o Spender visitaron España y después escribieron sobre la tragedia que habían presenciado, otros como Orwell decidieron que la pluma sólo no era suficiente y cogieron un fusil para luchar en el frente y escribir después testimonios estremecedores. Tanto en España como en Gran Bretaña se les ha prestado mucha atención a los grandes nombres, a escritores o historiadores distinguidos pero se ha silenciado a toda una pléyade de ensayistas y poetas menores que creo merecen un reconocimiento más justo. También ellos escribieron testimonios, reflexiones y relatos muy esclarecedores y que creo es necesario prestarle la atención que se merecen.

En este trabajo he decidido concentrar mi investigación en una exploración en profundidad sobre siete escritores británicos que, en mi opinión, aún no han sido suficientemente evaluados, que sus obras han quedado casi en el olvido pero que ofrecen una visión fascinante sobre los avatares políticos y las inquietudes intelectuales de la década de los treinta. Se trata de Ralph Fox, Christopher Caudwell, John Cornford, Julian Bell, Esmond Romilly, Tom Wintringham y Ralph Bates, todos ellos eran muy críticos con las posiciones conservadoras imperantes y defendían actitudes progresistas. Con la excepción de Julian Bell, todos profesaban el credo marxista y todos tomaron parte activa en la Guerra Civil española. Cuatro de ellos murieron en batalla.

Ralph Fox y Christopher Caudwell ya habían escrito de forma muy prolífica sobre las teorías marxistas antes de venir a España. Ambos publicaron varios libros donde abogaban por un futuro comunista en los países occidentales y por la aplicación

práctica de estas ideas políticas no sólo en los aspectos más cotidianos de la vida sino también en la literatura o el psicoanálisis. John Cornford, aunque murió muy joven en el frente de Lopera, nos dejó muchos textos en los que expone con gran clarividencia sus ideas sobre el marxismo y su potencial aplicación práctica a la situación política de aquel momento tanto en Gran Bretaña como en otros países occidentales.

Julian Bell, era sobrino de Virginia Woolf y creció y se educó en el ambiente liberal del Grupo Bloomsbury. Nunca llegó a ser comunista pero le interesaba la política de izquierdas, especialmente en lo que eso afectaba a los países de Europa occidental. Esmond Romilly era el sobrino rebelde de Winston Churchill, una figura muy conocida en la sociedad británica de aquel momento, que llegaría a ser Primer Ministro. Esmond lo admiraba pero mantenía opiniones políticas muy diferentes a las de su tío. Cuando todavía era un adolescente, en el internado de un colegio privado, escribió artículos y un libro que marcaría metas (como más tarde afirmaría él mismo) e inspiraría el talante de toda una generación posterior.

Tom Wintringham fue una figura más marginal, ya que, a pesar de ser una persona políticamente muy activa ya en los años treinta, no escribía mucho sobre política. Declaró que lo que sí le interesaba era la teoría militar y escribiría bastante sobre el tema. La razón por la que lo incluyo en mi tesis es porque en sus memorias sobre la guerra española aporta un relato muy bien documentado sobre la experiencia militar y ofrece una idea muy interesante acerca de las, en su opinión, inexistentes presiones políticas sobre los soldados.

Entiendo que Ralph Bates representa un testigo excepcional entre estos escritores porque vivió en España durante varios años antes de que estallara la guerra. En sus novelas, *Lean Men* y *The Olive Field*, nos ofrece una visión muy particular del período políticamente convulso de la España anterior a la guerra. Consciente de que estas representaciones novelescas podrían ser sólo el producto poco elaborado de una mente extranjera me ha parecido importante, así como mucho más interesante, incluir la perspectiva de algunos autores españoles de la época. Por esta razón, he comparado la ficción de Bates con la de Ramón J. Sender, en particular la novela *Siete Domingos Rojos*. Asimismo, al entender que también había ciertas concomitancias con algunos escritores o poetas de las Generaciones de 1898 y 1927, he incluido reflexiones varias y elementos comparativos con algunos de sus escritos.

PARTE I: EL MARXISMO

En esta primera sección de mi tesis me he concentrado en una exploración en profundidad sobre las ideas políticas de estos escritores, en especial, aunque no exclusivamente, en Ralph Fox, Christopher Caudwell y John Cornford. Me ha parecido que la mejor forma de acercarse a sus planteamientos era mediante la comparación de sus proposiciones marxistas con las de algunos de sus coetáneos como Trotsky, Bertold Brecht, Walter Benjamin o Theodor Adorno.

CAPITULO UNO: EL CREDO MARXISTA

Interesante destacar que Fox, Caudwell y Cornford adoptaron en casi todos sus escritos una postura marxista rigurosamente ortodoxa. Es difícil evaluar el grado de sinceridad que emana de esos textos, sobre todo de los dos primeros autores, ya que primaba sobre todo lo demás el propósito de ganar adeptos para la causa y ello exigía una actitud y punto de vista de abierta resignación.

Como resultado, sus puntos de vista suelen ser predecibles cuando tratan temas como la religión o la explotación de los trabajadores pero se vuelven más complejos y más densos cuando exploran temas que ni Marx ni Engels habían abordado o cuando se embarca en reflexiones concienzudas para explicar la naturaleza de algunas teorías. También en estas cuestiones, puede ser revelador el comparar las opiniones de los escritores británicos con las de sus homólogos europeos.

Hay otra razón, no obstante, por la que sus libros podrían leerse ahora bajo una óptica que responde a la ortodoxia más pura ya que hay evidencias claras de la presión ejercida sobre el contenido de sus publicaciones por terceras personas con gran poder e influencia. La crítica de Harry Pollitt (Secretario General del Partido Comunista británico en aquel momento) sobre la biografía de Lenin escrita por Fox constituye un ejemplo evidente de esa presión indirecta. Aunque la historia de la vida de Lenin, según Fox, presenta a la figura central del revolucionario ruso como heroica, astuta y con una gran capacidad de liderazgo, Pollitt se mostró implacable con el libro, y lo definió como el mejor regalo que se le podía haber hecho a los enemigos del comunismo. En su

opinión, la representación de Lenin no se había regido por cánones estrictamente comunistas y la figura de Trotsky salía demasiado bien parada, algo que un buen comunista no debería haber permitido. La respuesta de Fox no fue la de un autor ofendido ante semejante injerencia sino que simplemente declaró haber hecho lo que era de esperar en un buen comunista.

Las reflexiones de John Cornford acerca de la sociedad británica desde el punto de vista marxista son también abundantes y resultan muy esclarecedoras pero, en este caso, habremos de descartar cualquier presión externa ya que él mismo se preocupaba por imponerse una obvia autocensura. Comenzó a escribir ya en sus años preuniversitarios y continuó después en su época de estudiante en la Universidad de Cambridge. Se recreaba reflexionando sobre los defectos inherentes al sistema capitalista y sobre la necesidad de ver la vida en términos de un conflicto dialéctico al estilo marxista pero resulta sorprendente que en las cartas que escribe a su madre, que distaba mucho de ser comunista, admitiera su desacuerdo con la simplicidad de la visión de la lucha de clases expresada por Marx.

Las actividades políticas de Julian Bell fueron menos evidentes, se había limitado a hacer campaña a favor del Partido Laborista y a un debate por escrito con Cornford sobre literatura y política. Su educación dentro de las mismas coordenadas liberales que defendía el grupo Bloomsbury, con personalidades tan llamativas como E.M. Forster y el economista J. M. Keynes, le marcó durante mucho tiempo aunque después, como se desprende de sus escritos, quiso volar solo y alejarse de los postulados ideológicos del grupo.

Ralph Bates tuvo una infancia y una juventud muy diferentes al resto del grupo. Provenía también de una familia de ingenieros que disfrutaba de una cierta prosperidad pero no fue a la universidad. Vino a España en la década de los veinte y aquí permaneció de manera más o menos continuada hasta 1938. Durante su estancia en España participó activamente en política, por ejemplo con los sindicatos en Barcelona pero, no parece probable que llegara a ser miembro del Partido Comunista.

CAPÍTULO DOS: LA DIVISIÓN SOCIAL

La dialéctica proletariado-burguesía es un tema central para una aceptación de la validez del marxismo. Las sociedades capitalistas se alimentan del enfrentamiento continuo entre el proletariado y la burguesía ya que son dos grupos cuyos intereses siempre estarán en conflicto. Además, la forma en que estas sociedades están organizadas facilita que los trabajadores sean explotados por los que ostentan la propiedad sean éstos empresarios o terratenientes. Los escritores aquí estudiados se convirtieron en adultos en la década de 1930, sufrieron la Gran Depresión y obviamente no podían justificar esta versión de una política tan injusta. Bajo una óptica marxista, ellos entendían que la crisis económica había sido provocada por una burguesía irresponsable pero los que sufrieron las consecuencias más dramáticas fueron los más débiles, es decir, el proletariado, aquéllos que irónicamente eran los que menos sacrificios podían hacer.

Ya desde su adolescencia en colegios privados, tanto Romilly como Cornford se interesaron por el marxismo. Romilly, no obstante, siempre se mostró muy receloso con respecto al Partido Comunista, su rebeldía innata no le permitían acatar la disciplina rigurosa de un partido tan férreo. Adquirió notoriedad a nivel nacional cuando logró publicar 4 números de una revista para estudiantes con su hermano Giles titulada *Out of Bounds*. Como puede deducirse del título, allí se abordaban cuestiones de tipo educativo, sexual y político que distaban mucho de lo considerado apropiado para una publicación escolar, dirigida a adolescentes de familias pudientes. Tras enfrentamientos varios con profesores y tutores, Esmond se escapó de la escuela y huyó a Londres. El escándalo que siguió tuvo un despliegue considerable en los medios de comunicación ya que el escolar en cuestión era nada menos que el sobrino de Winston Churchill y se le acusaba de estar al servicio de grupos comunistas, enemigos del sistema.

Cornford, de forma inteligente en mi opinión, utiliza el caso de Clarence Hatry para llamar la atención sobre la hipocresía de las sociedades occidentales. Hatry había sido declarado culpable por la negociación de acciones fraudulentas que habían contribuido a la crisis económica. Aunque el caso no ilustra perfectamente la situación, pues Hatry fue enviado a prisión durante varios años, sí que sirve como ejemplo de justicia mal entendida. Cornford nos llama la atención y lo compara con los mineros que

eran también duramente sancionados por un simple robo de carbón. El lector entiende que el crimen de Hatry tendría que haber sido castigado con mucha más dureza ya que era un tipo egoísta, engañó utilizando la ingeniería financiera con algo que no existía, y arruinó a muchas personas inocentes. Los mineros, sin embargo, eran procesados por luchar en contra de la avaricia desmedida de los propietarios de las minas y por el bien de sus familias. En opinión de Cornford, ambas situaciones no pueden ser juzgadas por el mismo rasero.

No obstante, ninguno de estos escritores abordó un tema que al lector se le viene rápidamente a la mente: todos ellos pertenecían a la misma clase burguesa cuyos vicios tanto criticaban. Se trata de una supuesta “inocencia cultural” difícilmente aceptable ya que pocos lo mencionan en sus escritos, ni siquiera en sus cartas. Su hipocresía resulta bastante chocante si no totalmente decepcionante. Algunos de ellos, o sus más allegados, ni siquiera eran conscientes del problema. La carta de la madre de John Cornford, en la que expresa abiertamente su pesar por no saber nada acerca de las duras condiciones de vida de los trabajadores es buena prueba de ello. Conviene, no obstante, recordar que si estos textos no hubieran sido escritos por burgueses conocidos e instruidos, probablemente nunca hubieran sido publicados.

CAPÍTULO TRES: La REVOLUCIÓN

Según la teoría marxista, hay una verdad evidente y es que las sociedades capitalistas conviven divididas y compartimentadas, en un estado de enemistad mutua en la que una minoría reprime y explota a la mayoría. En ese estado de cosas, la consecuencia inevitable es que la mayoría tarde o temprano termina rebelándose. Esta secuencia de eventos resultaba algo tan natural para Trotsky que llegó a predecir que, después de Rusia, era inminente la revolución en otro país europeo y las naciones vecinas se unirían a continuación. Fox y Caudwell hicieron suya la misma idea; Fox llegó incluso a contemplar la posibilidad de un levantamiento en diversas partes del Reino Unido al que inmediatamente después seguiría Irlanda.

No obstante, en opinión de casi todos estos autores, hay un obstáculo en el camino a la revolución que a veces resulta insalvable. Se trata del miedo: miedo a que los compañeros de trabajo no fueran leales a la causa, miedo a que la venganza del

poder podría ser terrible si los levantamientos no tenían éxito y miedo al mundo desconocido que se abriría después tras el éxito de la revolución. John Cornford, por ejemplo, respondió a estas preocupaciones diciendo que el arma más poderosa de los trabajadores era su número y que para ser capaz de usarla en su beneficio, una organización eficaz era esencial. He ahí la razón principal por la que prácticamente todos ellos arremetieron con dureza en contra de los anarquistas. Como era de esperar, fueron unánimes en su confianza de que lo que seguiría a una revolución, es decir, la dictadura del proletariado, una sociedad sin clases y sin estado, sería infinitamente mejor que las formas de convivencia imperantes en aquel momento.

También coincidían en que, tras el triunfo de la revolución, la transición desde la dictadura del proletariado hasta el gobierno de los mejores estaba asegurada. Sobre este tema los escritores británicos que yo he estudiado adoptaron posturas muy similares a Trotsky. No obstante, ofrecen muy pocos detalles acerca de cómo se podría producir esa transformación y escasean los argumentos sólidos para aclarar cómo el proletariado, una vez en el poder, va a renunciar a él sin resistencia.

CAPÍTULO CUATRO: LA UNIÓN SOVIÉTICA.

No cabe duda de que para reivindicar sus pretensiones de alcanzar las promesas de la revolución comunista el ejemplo natural a seguir era el de la Unión Soviética. Para principios de los años treinta, este país había tenido ya un gobierno comunista durante casi 15 años; en teoría, tiempo suficiente para hacerse una idea de cómo un partido político comunista se manejaba en el poder. Naturalmente, los avances del pueblo soviético en materia de justicia social suscitaban un gran interés entre los intelectuales y políticos occidentales, defensores o no del sistema. Para la mayor parte de estos autores marxistas era algo así como un artículo de fe. Muchos de ellos no dudaron en declarar el experimento soviético como un éxito rotundo, a menudo a pesar de las claras evidencias en contra.

Debido a la gran curiosidad que muchos intelectuales manifestaron, el gobierno de la Unión Soviética organizó todo un programa de visitas guiadas haciéndole ver a sus huéspedes las excelencias y el buen funcionamiento del sistema. No obstante, hubo dos

escritores que lograron viajar en libertad y sus relatos mucho más sinceros resultan de gran utilidad para mi investigación. Se trata de H. G. Wells, un conocido novelista británico que viajó por Rusia en 1920 y Maurice Hindus, un escritor americano, nacido en Bielorrusia en 1891 aunque emigrado a USA en 1905, que la visitó en 1930-31. Ambos describieron unas condiciones de vida hartamente difíciles; muchos ciudadanos apenas disponían de comida suficiente para la mera supervivencia. En uno de sus relatos, Hindus expone con detalle las medidas represivas tomadas contra cualquiera que no se ajustara al ideal de vida concebido por Moscú. Aunque el lector reconoce ciertas similitudes en las posiciones de ambos, no obstante, el escaso optimismo de Wells contrasta poderosamente con las expectativas más positivas de Hindus, a pesar de que lo que había presenciado no era muy halagüeño.

En cualquier caso, no resulta fácil adoptar una postura clara al respecto ya que la fiabilidad de la información es discutible. Mientras que Walter Duranty informaba sobre las hambrunas que estaban matando a gran parte de la población rural, había otros periodistas norteamericanos establecidos en Moscú que lo desmentían. Entiendo que lo más cauto sería concluir que estos escritores optaron por creer de buena fe los relatos más optimistas haciendo caso omiso de todo lo que tuviera connotaciones negativas.

No es de extrañar que, como marxistas, autores como Fox alabaran los logros de la Unión Soviética y se opusieran con vehemencia al Imperio Británico. En sus planteamientos había ciertas contradicciones ya que admitía que cualquier pueblo debía ambicionar la independencia nacional y la democracia pero curiosamente movimientos indígenas como el Partido del Congreso Indio los consideraba como simples sucedáneos de organizaciones burguesas. Más aún, al criticar determinadas actitudes coloniales de los países occidentales se olvidaba de que la Unión Soviética utilizaba estrategias similares contra los pueblos vecinos. En algunos casos, como en su ataque fallido contra Polonia, la derrota podría ser interpretada como una virtud ya que nunca habría pretendido dominar a otros países. Y cuando invadió Turkmenistán, el resultado, en su opinión, fue la liberación de la gente trabajadora del yugo dominador. Pero la versión que tenemos en otros relatos indígenas sobre este momento de la historia es muy diferente. Allí se nos habla de represión, de ejecuciones masivas y de violencia innecesaria.

Para Caudwell y Fox no había figura más odiada que Trotsky, a pesar de que pueden detectarse con frecuencia fuertes similitudes ideológicas. En la extensa bibliografía utilizada en la obra de Caudwell, *Illusion and Reality*, se enumeran alrededor de 500 libros, incluyendo autores como Adam Smith y Nietzsche, pero no se menciona nada de Trotsky. Es posible que no leyera nunca sus obras o que si lo hizo sus reflexiones le resultaran demasiado peligrosas como para hacerlas suyas.

CAPÍTULO CINCO: LAS TEORÍAS MARXISTAS.

Prácticamente todos los pensadores marxistas, incluyendo Marx y Engels, insisten en que la creación literaria debería ser realista, aunque algunos como Bertold Brecht no estaban tan convencidos. Ciertamente que el término resulta muy conveniente para sus propósitos pero también encierra una cierta indefinición: en el fondo, cualquier cosa que sugiera un tipo de literatura que describe la vida tal como es tiene un atractivo obvio para los marxistas, pero lo que tal término podría incluir o excluir, o qué criterios se deberían utilizar para definirlo es mucho más problemático.

Caudwell y Fox estaban seguros de que la ficción modernista (por ejemplo las novelas de James Joyce o de Virginia Woolf) no era la apropiada para sus fines ya que su intrínseca dificultad y la erudición requerida para su intelección la convertían en algo hermético para un potencial público lector proletario. También atacaron a escritores como D. H. Lawrence por haber olvidado sus orígenes de clase obrera, convirtiéndose en una parte de la industria editorial burguesa.

A principios del siglo XX en Europa se asistió a un despertar de la fe en las posibilidades que ofrecían los avances mecánicos y tecnológicos, en particular con los Futuristas italianos y, en Gran Bretaña, con los llamados *Pylon Poets* (*Auden Generation*, por ejemplo, Stephen Spender y Cecil Day Lewis). El hombre por fin podía ser dueño de su propio destino. Los marxistas no eran inmunes a su atractivo, y Trotsky, Walter Benjamin y Ralph Fox anticiparon con entusiasmo el momento en que el hombre dominara la naturaleza: las montañas, los ríos, los mares y todo lo que hasta ese

momento parecía inabarcable habría de estar bajo el control humano; podrían deshelarse los polos o drenar el mar Mediterráneo para convertir el lecho marino en un inmenso solar de tierras cultivables y opulentamente fértiles.

Cuando escritores como Caudwell o Fox se referían a Marx o a Engels, era, *grosso modo*, para atribuirle poderes de omnisciencia. Semejante atrevimiento no era sino un síntoma de su equivocada ortodoxia doctrinal, intentando demostrar que Marx había previsto cualquier situación que pudiera ocurrir en el tiempo histórico que ellos estaban describiendo y que de sus obras se podía extraer la solución a los problemas de aquel momento. Otros escritores marxistas en Europa adoptaban criterios similares aunque eran algo más cautos y estaban dispuestos a admitir fallos en algunos aspectos de los escritos de Marx, como su alabanza a Balzac o a Dickens como novelistas ejemplares.

En su opinión, *las verdades* del marxismo eran evidentes y una vez aplicadas, tras el éxito de la dictadura del proletariado, beneficiarían a la mayor parte de la humanidad. La propagación de este credo político no debía de respetar las fronteras nacionales, su implantación habría de ser rápida e inexorable y tendría carácter universal. Las llamadas políticas al nacionalismo, por tanto, habrían de ser entendidas como medios artificiales para impedir que el proletariado se diera cuenta de su verdadera fuerza y, en consecuencia, habrían de ser erradicadas. El patriotismo mal entendido había provocado guerras sin cuento y no tenían nada que ver con el beneficio de aquéllos que arriesgaban sus vidas. El ejemplo perfecto era la Primera Guerra Mundial que había ocurrido pocos años antes y donde los intereses que supuestamente defendía el soldado medio no tenían nada que ver con los intereses del pueblo al que ese soldado pertenecía.

El uso de la palabra "democracia" dependía generalmente del contexto en el que se usaba. Esa concepción moderna tan conocida actualmente de *un hombre un voto*, resultaba algo de muy reciente acepción en la Gran Bretaña de la década de los treinta. Sólo unos pocos países europeos en aquel momento habían conseguido una democracia plena, otros tardarían aún mucho en conseguir algo de un nivel equivalente. Desde luego, aquel derecho al voto recién adquirido no impresionó en exceso a los comunistas.

Como muchos insinuaban, el poder del voto había hecho poco para cambiar las estructuras de poder y los teóricos representantes del pueblo seguían defendiendo intereses ajenos al mismo. Algunos fueron incluso más lejos al defender que semejantes democracias podrían fácilmente encubrir a gobiernos fascistas. En cambio, la única verdadera democracia era, en su opinión, la socialista, donde cada ciudadano podía decir exactamente lo que pensaba acerca de cualquiera de sus representantes, como, decían, ocurría en la Unión Soviética.

Pero el peligro estaba en la aceptación de un socialismo débil. Tras esta reflexión estaba el Partido Laborista británico, un partido al que acusaban de ser sólo nominalmente de izquierdas. De hecho, en la década de los treinta, provocó la desesperación de más de un comunista. Fueron varios los intelectuales marxistas que les acusaron de incumplimiento sistemático de promesas electorales. Según ellos, sólo se preocupaban de mantener contenta a la burguesía incluso a costa, en muchas ocasiones, de dinamitar las propuestas de los sindicatos a los que teóricamente representaban en parte.

Así pues, era necesario plantearse la posibilidad de un gobierno comunista basado en el ejemplo de la Unión Soviética. Fox y Caudwell afirmaban sin remilgos que el paso de la dictadura del proletariado a una sociedad sin clases sería inevitable en otros países y se produciría con relativa rapidez. En opinión de Fox, los soviéticos ya eran más libres de lo que habían sido nunca y disfrutaban de los derechos que otorga una sociedad sin clases sociales. Los acontecimientos seguirían su curso en otros países y la experiencia se repetiría allí donde hubiera una revolución comunista.

La religión, obviamente, podría suponer uno de los grandes obstáculos, de ahí que estos escritores criticaran con dureza ese sentimiento siguiendo la tradición marxista. Caudwell, quizás por ser católico no practicante, se prestaba más que el resto a reflexionar sobre el tema. En su opinión, la religión institucionalizada, aunque no el sentimiento religioso, había sido siempre monopolizada por las clases adineradas hasta que se dieron cuenta de que no perdían nada compartiéndola con los pobres. Aprendieron entonces a utilizarla como una herramienta más de subyugación del débil. La promesa de un más allá venturoso después de la muerte ayudaba a soportar con más facilidad la dureza de este valle de lágrimas. La recompensa al trabajo duro cotidiano no

se obtendría en la tierra sino en el cielo. La doctrina de Jesús, en su opinión, compartía planteamientos básicos con el comunismo pero le sobraba la proyección de trascendencia. El marxismo en este sentido era más práctico. Asimismo, Fox trató también en sus escritos de reflexionar sobre las diferencias y las similitudes entre el comunismo y la fe religiosa, lo que demuestra su preocupación por el tema.

Otro aspecto fundamental en el que estos escritores coinciden es en elogiar la fuerza y la disciplina que emana del credo comunista en oposición a la anarquía burguesa. La gran diferencia, en su opinión, entre el comunismo y el capitalismo radica en que un estado comunista exige convicciones políticas sólidas y una férrea disciplina para ponerlas en práctica mientras que el capitalismo prospera en un estado débil y anárquico. Detectamos una contradicción interna en este razonamiento a la que ellos no dieron respuesta: ¿cómo puede un sistema débil y anárquico que sólo beneficia a unos pocos ser lo suficientemente fuerte como para mantener a la inmensa mayoría de trabajadores en un estado continuo de represión?

PARTE II: ESPAÑA

CAPÍTULO SEIS: LA VISIÓN DESDE EL EXTRANJERO

La compleja situación política en España no había suscitado el interés debido entre los escritores británicos hasta que no se produce el levantamiento rebelde en julio de 1936. Ralph Fox había viajado a Portugal poco antes para investigar la nueva amenaza del fascismo en expansión. Stephen Spender había estado con Tony Hyndman en Portugal y España poco antes. Esmond Romilly sintió la llamada de España sólo después del verano de 1936. John Cornford se dio cuenta de la gravedad de los acontecimientos ya en el otoño del mismo año. Incluso algunos cuando vinieron a España todavía no comprendían muy bien lo que estaba pasando. Sin embargo, Trotsky siempre creyó que España era clave para el futuro político de Europa. En varios de sus artículos podemos observar ya una mezcla de optimismo y desesperación ante lo que estaba ocurriendo. Fiel a sus creencias marxistas, desconfiaba de los gobiernos republicanos aunque, por

otro lado, esperaba que los trabajadores pudieran sacar ventaja de la anárquica situación política y hacer triunfar la revolución. Estaba convencido, además, de que si ese triunfo se consumaba podría influir en los trabajadores de otros países para intentar lo mismo. También John Cornford abrigaba las mismas esperanzas en el otoño de 1936 ante las nuevas formas de gobierno adoptadas en Cataluña trabajando en consonancia con el gobierno de Madrid.

No cabe duda de que la cínica reflexión de Trotsky de que había más sacerdotes y monjas en España que estudiantes de enseñanza secundaria estaba basada más en las exigencias retóricas de su argumento que en una validez estadística contrastada, pero sirvió a su propósito de vincular la religión católica con la ignorancia del país. Hay que recordar, no obstante, que las escuelas religiosas en aquel momento estaban consideradas como la mejor forma de educación en España así que cuando el gobierno republicano intentó secularizar la enseñanza en las escuelas, el resultado fue una disminución en los estándares educativos. También Fox parecía compartir la idea de que el monopolio de la enseñanza por parte de la Iglesia limitaba seriamente el desarrollo educativo de la población de un país. Entendía el fenómeno como totalmente coherente con una política interesada de un estado autoritario. Y lo ilustra con el ejemplo del gasto exiguo que el gobierno portugués (entonces en los inicios de una tiranía fascista) dedicaba a la educación o a la salud en comparación con los presupuestos dedicados a carreteras o a gastos en el capítulo de defensa.

CAPÍTULO SIETE: LA VISIÓN DESDE ESPAÑA

Ante ese estado de cosas, los escritores no podían seguir cómodamente sentados en sus mesas de trabajo. Era el momento de actuar y tomar partido. La literatura habría de ponerse al servicio de aquella causa noble. Spender, Auden, Cornford o Fox tomaron partido. Ralph Bates se involucró profundamente en políticas de izquierda mientras vivía en España. Sus dos principales obras de ficción de antes de la guerra civil, *Lean Men* y *The Olive Field*, se sitúan en la España prebélica y, como no podía ser de otra manera, dan buena cuenta del descontento político general y del caos social que vivía el país. Ramón J. Sender, aunque su reputación literaria sea sin duda superior, en muchos

aspectos podría considerarse como su homólogo español. Sender había sido anarquista antes de ser comunista, y su novela *Siete Domingos Rojos* (1931) describe un Madrid al borde de la revolución. En mi trabajo he hecho extensiva la comparación también a algunos escritores de la Generación de 1898 y a algunos poetas de la Generación de 1927. He podido descubrir similitudes frecuentes muy reveladoras en cuanto a los temas tratados aunque no siempre coinciden en las formas y el tratamiento que dan a los mismos.

Tanto Bates como Sender insisten en sus relatos en la confrontación y la hostilidad que comunistas y anarquistas sentían hacia el Estado y la burguesía. En *Lean Men*, por ejemplo, el discurso narrativo se nutre tanto de los preparativos previos al conflicto como de los momentos más duros de la contienda. En *Siete Domingos Rojos* muchos de los personajes viven única y esencialmente para atacar al Estado y a sus representantes y en un calendario se va mostrando cuan frecuentes son esos enfrentamientos. También en *The Olive Field* encontramos descripciones directas de ataques reales cuando el protagonista viaja a Asturias en 1934, y de una forma indirecta cuando una procesión religiosa es atacada, que entiendo puede aludir a la bomba lanzada en la procesión del Corpus Christi en Barcelona en 1896.

La injusticia social es otro aspecto que predomina en los planteamientos novelísticos de ambos autores aunque, curiosamente, no es la marcada desigualdad existente en la España de los años treinta la que se nos presenta como la causa decisiva que provoca los grandes conflictos en las tres novelas. Hay momentos puntuales evidentes en *The Olive Field*, como cuando una comunidad agrícola lucha por sobrevivir, mientras que el aristócrata local y el sacerdote viven cómodamente o en *Réquiem por un campesino español*, otra obra de Sender (publicada en los años cincuenta pero en la que se reflexiona sobre la tragedia de los treinta) donde la pobreza extrema puede actuar como el catalizador de los conflictos.

En *The Olive Field*, se puede atisbar también una crítica a la actitud pasiva con que el español medio se enfrenta a los problemas. La pasividad es el enemigo natural del dinamismo con que se representa a esos personajes. Una lectura reposada del texto nos lleva a la percepción de que la mayor parte de la vida española está condicionada

por actitudes de inercia que vienen representadas por descripciones puntuales de paisajes soporíficos. Ya Azorín, en algunos de sus primeros relatos, había satirizado con éxito la plácida aceptación que el español medio tenía ante el destino adverso.

Interesante destacar que algunos de los personajes que nos ocupan podrían ser descritos como “discípulos de la negación”. El héroe de Sender, Samar, es un maestro en lo concerniente a la necesidad de tensionar y perturbar pero a menudo, su objetivo primordial parece no ir más allá de la eliminación o destrucción de lo ya existente, ya sea en el sentido físico o figurado. No en balde, ya al principio de la novela, comienza preguntándose por el propósito último de su movimiento político, sembrando en el lector la duda sobre la solidez de sus intenciones. Cuando el anarquista Mudarra en *The Olive Field* disfruta con la ejecución de actos violentos contra símbolos religiosos o contra las propiedades de la aristocracia no alcanzamos a ver la finalidad última de aquellas acciones. Su alegría no parece fundamentada en un objetivo final noble sino basada puramente en el daño ocasionado a los que considera sus enemigos. Y no podía terminar este capítulo sin una mención muy rápida a lo que he decidido denominar como “la otredad del gitano”. El lector no entiende muy bien la intromisión de este grupo en el desarrollo narrativo de *The Olive Field*. Se trata de un episodio que genera desazón, no existe una explicación razonable. Se los describe como personas ajenas al pueblo andaluz y se los condena cuando se van a pesar de que no han hecho nada recriminable. Mientras que para Lorca, los gitanos son parte integrante del costumbrismo y del paisaje andaluz, para Bates resultan personajes incómodos, criaturas desdibujadas.

CAPÍTULO OCHO: EL CREDO POLÍTICO

Como fuerza política, los anarquistas son dominantes en las novelas de los años treinta de Sender y de Bates. Las diferencias en su representación constituyen un ejemplo claro de los distintos enfoques de ambos escritores. Sender define a sus personajes como tranquilos pero llenos de energía y de nervio, mientras que Bates los pinta como irresponsables y maníacos aunque con un cierto grado de encanto. El escritor británico sentía una clara hostilidad hacia ellos ya que no se preocupaban de reflexionar sobre si sus actos imprudentes podían dañar la causa por la que luchaban o a las personas por las

que supuestamente combatían. Esa era una de las grandes diferencias con los comunistas. Estos eran disciplinados, sensatos y muy conscientes de las consecuencias de sus actos. En contraste con los anarquistas, representaban los ejemplos más claros de cómo debería comportarse un verdadero revolucionario. Hay varios rasgos que comparten con los comunistas de Sender pero especialmente el hecho de que tienden a aparecer como individuos muy ingeniosos.

CAPÍTULO NUEVE: LA SOCIEDAD ESPAÑOLA

Es interesante destacar con respecto a la Iglesia que las representaciones del catolicismo en cualquiera de las novelas que yo he estudiado no están siempre basadas en una condena absoluta como se podría esperar. No son muchos los personajes religiosos descritos por Sender pero sí se menciona a un sacerdote al que otros describen como anarquista, lo que nos hace pensar que también dentro de la Iglesia la dialéctica marxista ha conseguido sus adeptos. En alguna de sus novelas posteriores sí que podemos rastrear acusaciones directas a una institución eclesiástica que se presta a pactos poco honrosos con los miembros privilegiados de la sociedad.

Las críticas de Bates a una Iglesia que se presta a favorecer el juego de los ricos aparecen también con frecuencia. En *The Olive Field*, por ejemplo, se nos presenta a miembros del clero merendando ostentosamente en el campo entre humildes familias locales. Pero curiosamente se muestra hasta cierto punto complaciente con uno de los sacerdotes de mayor edad. También en *Lean Men*, observamos su simpatía por una piadosa dama católica. En esta misma obra se nos muestra la historia de un comunista católico no practicante que se muestra incapaz de profanar los símbolos de la fe que una vez profesó. Entiendo que con escenas de este tipo, el autor intenta transmitir al lector su impresión de que cualquier español está aún muy influenciado por las vivencias religiosas de su niñez y adolescencia y que es muy vulnerable ante las evocaciones de tipo religioso.

Entiendo asimismo que estos autores critican esa alianza que consideran impía entre la Iglesia y los sectores más favorecidos de la sociedad española. La interesada simbiosis mutua entre la jerarquía eclesiástica y los grupos de poder no es una

invención de los novelistas. En cualquier caso, no es un tema nuevo que haya que circunscribir a los años treinta. Existió siempre y fue denunciado por otros muchos autores. En “Beatriz”, un relato de Ramón del Valle-Inclán, encontramos una dura crítica al abuso de poder por parte de un sacerdote que utilizando la amistad y la confianza que le otorga la familia las utiliza para violentar a la hija. En otro tipo de abuso, la familia Trepas en *Lean Men* es llevada a la ruina financiera por su participación en un ambicioso proyecto de restauración de una iglesia. Parece que el propósito del autor es transmitirnos la idea de que el idilio entre ambos grupos no puede prolongarse mucho más tiempo y tendrá que terminar en enfrentamiento, pero hasta el momento parece que la historia no le ha dado la razón. Deducimos, no obstante, que Bates ha decidido hacer una advertencia a la aristocracia. El despilfarro del que hacen gala para justificar aquello de que “nobleza obliga” es una cuestión del pasado; estamos ante una clase social sin vigor físico y sin energía condenada a la desaparición. Cuando Don Fadrique es expulsado de la aldea y quiere ayudar en la recogida de la aceituna se agota físicamente de inmediato. Podríamos hacer otra lectura sobre el personaje como una figura redentora, es decir, él encarna aspectos típicos de la historia de España que sobreviven gracias a tipos como él. Pero eso pertenece al mundo de la ficción. La figura más noble de Sender es, también, un hombre que carece de fuerza y de vigor, un coronel al que, según Samar, le queda ya muy poco del valor del soldado. Su hija, la novia de Samar, podría simbolizar el destino que le aguarda a toda su clase: ella es una persona débil que no soporta las duras pruebas a las que le somete la vida y se suicida ahogándose.

Los protagonistas proletarios, no obstante, se nos muestran en estos relatos como el polo opuesto. Rebosan energía, se nos antojan dueños de su destino y sienten una intensa atracción hacia las mujeres. No cabe duda que responden a una especie de voz autorial que reviste las historias y el credo político que profesan de un atractivo especial. Con su actitud positiva, su carisma y su energía representan el cambio y una vida nueva.

Más discutible resulta el éxito que puedan tener como figuras literarias. Puede que sus extravagancias caracterológicas no impresionen mucho al lector: Charing actúa como alguien que haya hecho votos de celibato a causa del comunismo; Mudarra está caracterizado como el típico macho latino y Samar se muestra tan hábil y mañoso en el

arte de hacer el amor que tiene además el talento post-coital de saber si la chica ha quedado embarazada.

La posición de la mujer en la sociedad española originó un debate sin precedentes en la primera mitad de la década de los treinta. El derecho al voto concedido a las mujeres en 1931 provocó reacciones sorprendentes y contradictorias. Conocido es el duro enfrentamiento entre Victoria Kemp y Clara Campoamor en el Parlamento defendiendo posturas encontradas. La Iglesia se opuso y, por razones distintas, se opusieron también varios grupos de izquierdas argumentando que beneficiaría a la derecha porque la mayoría de las mujeres seguirían las consignas dictadas desde el púlpito.

Bates en general confiere a las mujeres un papel subordinado. En *Lean Men*, por ejemplo, exterioriza su desazón ante la credulidad y la falta de inteligencia de los personajes femeninos. Incluso Teresa, a quien se describe en términos de fuerza, coraje y autosuficiencia, se complace en ser guiada por Charing, quien obviamente sabrá comportarse mejor cuando haya que tomar decisiones concluyentes. Del mismo modo, resulta sorprendente la forma en que Mudarra trata a su antigua amante, tomándola y luego, cuando ella rechaza su oferta de matrimonio, abandonándola. Sorprende comprobar que va a ser ella la que considera ese comportamiento como muy masculino y apropiado.

La situación es muy diferente en *Siete Domingos Rojos*. La actitud condescendiente de Villacampa hacia una adolescente de la que está enamorado provoca que la voz autorial reprenda su incapacidad para hacer frente a su admiración por la muchacha. Es un ejemplo claro de cómo la firmeza, la determinación política y la perspicacia no están reñidas con la condición femenina. Star, la muchacha adolescente, demuestra que puede estar a la altura de sus homólogos masculinos e indica que la atracción sexual no tiene por que comportar sometimiento.

Tanto la educación como el conocimiento son presentados en estos relatos como armas políticas de vital importancia. De ahí que percibamos con frecuencia acusaciones serias a la Iglesia y a sus aliados por querer mantener al pueblo en la ignorancia. Los

personajes en estas novelas tienen hambre de saber y conocer, y valoran las destrezas. Se dice de Samar que quiere saberlo todo, mientras Fau, un espía de la policía, tiene la misma ambición, pero debido a su ignorancia se convierte en la persona más débil de todo el relato. Debido a su condición de espía no aprende nada de valor, y como tal es vilipendiado por la policía. Cuando un grupo decide cortar el suministro de energía a Madrid, el acto de sabotaje pone la vida del saboteador en riesgo, pero su conocimiento especializado garantiza el éxito de la operación y le salva la vida. Algo similar ocurre en *The Olive Field*. La destrucción de la iglesia es posible gracias a la habilidad del "dinamitero" que no tiene otro papel que desempeñar ni otras destrezas de las que presumir pero que conoce muy bien su oficio.

Cuando el grupo de Charing pretende utilizar un edificio para las reuniones políticas se piensa en una escuela como tapadera. La escuela ofrece clases impartidas por expertos sobre temas tan peregrinos como el ciclo de vida del salmón, pero el hambre de saber de los asistentes es tal que la sala se llena de trabajadores entusiastas.

PARTE III: LA GUERRA

CAPÍTULO DIEZ: POR QUÉ VINIERON

Entre los grupos británicos de izquierdas, así como entre otros muchos grupos progresistas europeos, se hizo correr la voz durante el otoño de 1936 de que un verdadero ejército de intelectuales y poetas se estaban ofreciendo como voluntarios para luchar por la República española. Ese rumor arraigó durante bastante tiempo en la imaginación popular pero es una idea engañosa, en parte alentada por algunos que, a pesar de no haber participado directamente en la contienda, escribieron como si lo hubieran hecho. Sí hubo, no obstante, un cierto estado de ánimo que facilitó que muchos escritores, intelectuales, periodistas y estudiantes universitarios se sintieran en la obligación moral de acudir en auxilio de la causa republicana. Y vinieron miles, aunque muchos de ellos pertenecían a ese grupo de personas que nunca hubieran pensado en presentarse como voluntarios para participar en un conflicto extranjero. Se pueden

apuntar razones varias para explicar su decisión, pero parece que, incluso para ellos mismos, ha resultado bastante difícil encontrar una explicación. Además no fueron muchos los que sobrevivieron a la guerra por lo que escasean los testimonios escritos tras la contienda.

Un tema recurrente que esgrimen todos ellos es que deseaban ayudar en la lucha contra el fascismo. Había una sensación generalizada de que si el fascismo triunfaba en España sería el comienzo de un conflicto europeo de dimensiones gigantescas. Como resultado, algunos, como Julian Bell, temían que Francia y Gran Bretaña pudieran ser objetivos futuros del poder fascista. En ese momento, él vivía en China pero su preocupación por la amenaza que ello suponía para su patria influyó decisivamente en su propósito de venir a España. A partir de la versión de los acontecimientos de John Cornford, es probable que, al menos al principio, los voluntarios no esperaran que fuera una guerra tan dura ni tan larga. Éste era un planteamiento bastante real antes de que Alemania e Italia ofrecieran su apoyo masivo.

Como no podía ser de otra manera, en este trabajo era importante reflexionar sobre el punto de vista británico acerca del fascismo. En retrospectiva, no resulta fácil discernir las diferentes maneras de cómo se percibía el fenómeno del fascismo en la década de 1930. Como fuerza política era aún más reciente que el comunismo y muchos políticos de derechas en países democráticos lo veían como un mal menor ante el comunismo o, incluso, como una forma adecuada de gobierno para algunos países. El partido de los conservadores británicos, con raras excepciones a nivel individual, sólo comenzó a preocuparse por aquella amenaza potencial a partir de 1939, es decir, tres años después del comienzo del conflicto español. Para la izquierda nunca hubo duda alguna y tanto Romilly como Cornford en su época de estudiantes se enfrentaron a los fascistas británicos en concentraciones y reuniones. En algún caso, con agresiones físicas incluidas.

No todos vinieron a España sabiendo lo que venían a hacer o convencidos de causa por la que iban a luchar. Romilly, por ejemplo, según nos cuenta en su relato *Boadilla*, terminó luchando con los Thaelmann en España porque no sabía qué hacer con su vida en aquel momento en Londres. Su concienciación con el hecho de la guerra,

sería posterior. Tras las duras vivencias del frente reconoció que al monstruo del fascismo sólo se le podría vencer con la violencia de las armas. Tal vez pesaron otros factores como la búsqueda de redención personal o proyectar una imagen de joven displicente y despreocupado pero su caso nos sirve como recordatorio de que las circunstancias individuales y las motivaciones personales de cada voluntario eran muy diferentes y que no se puede generalizar. El pacifismo había sido una característica definitoria de la generación joven de la inmediata posguerra. Los horrores vividos en los frentes de la Primera Guerra Mundial habían vacunado a toda una generación posterior. El gobierno británico evitó todo lo que pudo el enfrentamiento armado con Hitler y autores como Huxley defendieron eso que algunos denominaron como una “teología del pacifismo” hasta sus últimas consecuencias. Muchos de estos escritores eran pacifistas hasta que comprobaron en el frente español que al fascismo no se le podía vencer sólo con la pluma.

El caso de Julian Bell merece una reflexión aparte ya que los que conformaban su entorno familiar y cultural (especialmente los integrantes del grupo Bloomsbury) eran todos pacifistas comprometidos. Cuando Bell tomó la decisión de venir como voluntario a la guerra española tuvo que enfrentarse a la oposición abierta de amigos y familiares y, como resultado, escribió una carta a E. M. Forster, un destacado miembro del grupo. En ella explicaba por qué se sentía moralmente obligado a participar en la lucha contra el fascismo. No logró convencer a Forster ni tampoco a su madre Vanesa, y esto le angustiaba. De varias de sus cartas deducimos que encontrar argumentos para convencerles y ponerles de su parte le generaba una tremenda ansiedad. Lograron convencerle al menos de que no se alistara como soldado, de ahí que al final encontró el compromiso de convertirse en conductor de ambulancia pero ni eso le evitó la muerte en la batalla de Brunete.

Cuando Ralph Fox viajó a Portugal en el otoño de 1936, nos dejó una reflexión muy acertada: si pudiéramos contar con suficientes hombres honestos que se levantaran y lucharan en contra del fascismo podríamos derrotarlo antes de que se adueñara de Europa. Los escritores que yo he incluido en mi estudio eran todos hombres inteligentes y deben haber sabido cuan limitadas eran sus capacidades como soldados. Por lo tanto, no pueden haber esperado que su contribución significara un añadido potencial

considerable a las fuerzas republicanas. Pero su responsabilidad personal era más fuerte que su sentido común, su compromiso moral para ayudar a conseguir una sociedad más justa en Europa era más fuerte que su intelecto. Como Virginia Woolf llegó a afirmar, había algo en la sangre de aquellos jóvenes, una fuerza interior indescriptible que les empujaba a actuar. Una explicación sensata a aquel fenómeno sigue mostrándose esquiva al sentido común.

CAPÍTULO ONCE: AYUDA O INTERFERENCIA

Las ambiciones soviéticas, la codicia fascista y la cooperación internacional son otros temas significativos que creo importantes en mi trabajo. Cuando estalló la guerra en España, Gran Bretaña decidió mantenerse neutral y aconsejó a Francia que hiciera lo mismo. Semejante decisión se formalizó en el tratado de No-Intervención firmado por 27 países. Al gobierno republicano que había sido elegido democráticamente, se le prohibió, incluso, la compra de armas en el extranjero. Cuando Alemania e Italia contravinieron el acuerdo firmado entregando armamento a los sublevados, los soviéticos decidieron hacer lo mismo ayudando a las fuerzas leales en parte convencidos de que esto frenaría la intervención de otras potencias. No lo lograron. Conviene señalar, no obstante, que había otra motivación mucho más interesada para la Unión Soviética: una victoria republicana significaría un gobierno y un pueblo agradecido en una democracia occidental europea. Desde allí, con un partido comunista fuerte en España podrían ejercer una poderosa influencia sobre sus vecinos. Los intereses de Alemania e Italia eran tan inconfesables como los de los soviéticos: los fascistas estaban dispuestos a probar sus nuevas armas y equipos con sofisticados avances tecnológicos que podrían utilizar en conflictos futuros a mayor escala.

Dentro de estas coordenadas se produce otro fenómeno interesante: la búsqueda soviética de enemigos. Las purgas estalinistas y los juicios-espectáculo habían comenzado ya en la Unión Soviética. La política de la sospecha generalizada entre los oficiales soviéticos se trasladó también a España, algo que resulta evidente en la abundante documentación que está ya disponible para el público en general. Palabras como "traidor" o "traición" aparecen con demasiada frecuencia en los informes y se utilizan sin reparos para explicar problemas varios, incluso las derrotas militares. Por

ejemplo, un informe soviético sobre la victoria fascista en Málaga despacha lo sucedido como el resultado de una traición. De todos es sabido que la ciudad cayó con facilidad porque sus defensas eran escasas, las comunicaciones muy deficientes, el armamento obsoleto e inadecuado y una estructura de liderazgo imprecisa y confusa.

Ralph Bates debió haber experimentado estas sensaciones mientras trabajó con los soviéticos en España y bien podrían haber influido en su decisión de abandonar el comunismo. Los agentes soviéticos estaban sujetos a una gran presión y temían por su bienestar, en ocasiones, por su vida. En realidad, muy pocos de los enviados a España sobrevivieron al regresar a casa.

En este estado de cosas, la lealtad y la fidelidad a la ideología no eran fáciles de mantener. En qué medida cada uno de estos escritores comunistas fue afectado por sus contactos con los soviéticos en España es difícil de saber. Un caso que llamó mucho la atención en su momento fue el de la novia de Tom Wintringham. Kitty Bowler fue interrogada y detenida por espionaje en Barcelona sin pruebas fehacientes. Cualquier recelo, por muy improcedente que fuera, podía servir de motivo: era una mujer que viajaba sola y que llevaba un poema sospechoso en el bolsillo. Fue detenida durante varios días y, como no se pudo probar nada en su contra, fue emitida una orden de expulsión. Cuando más tarde Wintringham escribió sobre sus experiencias en España no mencionó el incidente y aunque fue expulsado del partido en 1938 permaneció leal a la ideología comunista y a Stalin a lo largo de los años cuarenta.

No cabe duda de que la intervención militar pretendía devolver a España los valores conservadores y tradicionales que habían sido sus signos de identidad. Franco y sus aliados decían librar una nueva *Reconquista* que devolvería a España a sus orígenes y la libraría, irónicamente, de nocivas influencias extranjeras. Aunque no todos ni en todo momento, los clérigos y la jerarquía eclesiástica estuvieron de acuerdo; los sublevados contaron con el apoyo de la Iglesia Católica no sólo en España sino también en el extranjero. En algunos casos estos apoyos fueron decisivos como por ejemplo los que lograron disuadir a Roosevelt de intervenir en el conflicto.

Paradójicamente, en la ficción de Bates encontramos una cierta disposición para aceptar el nuevo movimiento político y sus pretensiones. En su relato “Yoke”, los habitantes de una pequeña localidad que ha sido tomada por los falangistas se sienten incómodos con sus nuevos amos. Allí no sólo encontramos tipos predecibles como el campesino comunista sino también el médico del pueblo que representa y defiende la antigua forma de vida. De nombre Reyes presume de carácter e ideología conservadora y rechaza el nuevo régimen abierto y cosmopolita. Allá en el fondo, el lector descubre la admiración y la simpatía que Bates siente por las antiguas costumbres y las formas de vida que prevalecían anteriormente en España.

Bates fue el editor de los ocho primeros números de *The Volunteer for Liberty*, una revista pensada para los soldados y que inicia su andadura en mayo de 1937. A pesar de que, teóricamente, sus posicionamientos políticos habrían de defender las posturas del gobierno al margen de los partidos, notamos una especial predisposición hacia el enaltecimiento de la causa comunista, especialmente en algunos números. La utilización partidista que se hace de las ilustraciones resulta particularmente sugerente, en ocasiones hasta divertida. Si se trata de personalidades comunistas las fotografías están muy cuidadas pero se vuelven caricaturas levemente irrespetuosas cuando se trata del Presidente del Gobierno Español o el ministro de Defensa, y grotescas e irrespetuosas cuando aparecen Franco o Goering. Había, por tanto, un trato de favor hacia la jerarquía del partido y hacia los mandos supremos que también se hacía ostensible en los informes. Incluso en una ocasión Bates incluyó la traducción de un informe que había sido escrito originalmente en ruso y que había aparecido por primera vez en un periódico soviético. Todo ello nos hace pensar que su labor como editor distaba mucho de ser independiente.

Probablemente, donde más obvio y más censurable resulta la intromisión de los soviéticos en la caza despiadada a los sospechosos de traición del POUM. Esta organización marxista era muy popular en Cataluña y fue acusada de trotskista. Los miembros más conspicuos habían conocido a Trotsky pero tenían diferencias de opinión sobre temas varios. El problema es que eran antiestalinistas y eso les convertía en sospechosos indeseables. Gozaban además de mala reputación, entre los demás grupos, por su ineficiencia y por la retórica revolucionaria que utilizaban. Para la mayoría era ya

más que suficiente luchar organizados para vencer al fascismo. John Cornford se unió a ellos a toda prisa en agosto de 1936 y casi inmediatamente después se arrepintió de su decisión. Sin embargo, cuando los soviéticos intervinieron en su contra, torturando y asesinando a Andrés Nin (uno de los fundadores del partido), se aseguraron de que sería contraproducente afirmar que Nin era un agente fascista y que había sido rescatado por el enemigo. Nadie que entendiera un poco de la política española en aquel momento se creería tal invención.

CAPÍTULO DOCE: EL CONFLICTO MILITAR

La disciplina y la organización han sido siempre cualidades que el comunismo entendía como inherentes a su filosofía. Como ya hemos mencionado en la primera parte, los comunistas en este momento creían que el proletariado podría convertirse en un grupo social poderoso si estaban bien organizados. Paralelamente, extendían esa condición a las fuerzas armadas republicanas. Reconocían que la única esperanza del éxito en combate residía en unos soldados bien disciplinados. No fue el caso en muchos cuerpos del ejército. Los anarquistas, el POUM y muchos voluntarios internacionales pensaban que el concepto de ejército por el que luchaban debería ser democrático: las órdenes debían ser discutidas en asambleas, había que elegir a los oficiales y el uniforme no les merecía una observancia estricta.

Tanto John Cornford como Tom Wintringham se sentían horrorizados por semejantes actitudes. Cuando Cornford abandonó el POUM tras unas semanas en sus filas regresó a Inglaterra para reclutar jóvenes que estuvieran dispuestos a acatar una determinada ortodoxia militar. Como capitán y como experto en teoría militar, Wintringham se desesperaba cuando observaba que muchos voluntarios pensaban como algo normal que cada uno vistiera como más le apeteciera. Su impresión parecía distinguir entre los reclutas de países del sur y los alemanes: aquéllos eran valientes pero relajados e imprevisibles mientras que éstos eran disciplinados y estaban familiarizados con las técnicas militares. A esto habría que añadir la problemática de la lengua: la organización de un ejército multilingüe compuesto de individuos que, generalmente, sólo hablaban un idioma, generaba todo tipo de inconvenientes y, en

ocasiones, problemas de muy difícil solución. Cornford carecía de conocimientos de español y le hacía sentirse extranjero; su incapacidad para comunicarse con normalidad le resultaba verdaderamente desconcertante. Sólo tenía 20 años cuando llegó a España y de sus descripciones podemos deducir que volvió a vivir su segunda transición hacia la edad adulta.

Para los españoles tampoco fue fácil encajar sin problemas aquel verdadero aluvión de extranjeros. Ralph Bates se encontraba en la incómoda posición de ser un británico que por entonces debería haberse sentido muy a gusto con la cultura y el idioma pero no fue el caso. De su colección de cuentos sobre la Guerra Civil, *Sirocco*, podemos deducir que tampoco se sentía cómodo con sus compatriotas. Cuando un pescador de la costa mediterránea ve pasar los aviones alemanes e italianos cargados de bombas la única reflexión que se le ocurre es que podrían haber satisfecho "su explosivo amor por la humanidad" quedándose en casa. Podría entenderse que la voz autorial no sólo se está refiriendo aquí a aquéllos que vinieron a luchar contra el gobierno sino que implícitamente Bates está dejando entrever que también él debería haberse quedado en Inglaterra. Por otro lado, los extranjeros son los grandes ausentes en *Contraataque*, las memorias de guerra de Ramón J. Sender. Esta eventualidad resulta coherente con su opinión de que uno de los bandos estaba luchando por lo que era lo mejor de España, mientras que Franco era un títere de intereses extranjeros con ambiciones imperiales.

Si como comprobamos anteriormente el epíteto de “una guerra de poetas” no puede aplicarse al conflicto español sí que podría encajar el de “una guerra de ingenieros”. Tanto alemanes como italianos habían estado invirtiendo tiempo y dinero en el desarrollo de una tecnología militar puntera y utilizaron la guerra en España como un campo de experimentación. No repararon en gastos en ciencia y tecnología pero descuidaron las consideraciones morales. La táctica de la invasión por aniquilación incluía objetivos civiles, tal como se practicó en Guernica y, durante un período más prolongado, también en Madrid. Lo avanzado de la tecnología con una munición de efectos devastadores permitía a los que operaban las armas mortíferas permanecer a una distancia prudencial pero sabiendo siempre cuál había sido el resultado catastrófico de sus acciones.

Para Sender y Bates esta forma de guerra rompía con todos los códigos de buena conducta. Bates la describió como un escenario donde ingenieros y técnicos mataban a distancia desde la seguridad de sus laboratorios. En opinión de Sender, estos artilugios facilitarían acciones intolerables e inmorales como el bombardeo de un hospital, porque los responsables no tendrían que afrontar las consecuencias. Paradójicamente, sí dio su aprobación a un avión soviético que avistó atacando una trinchera enemiga justificando aquel acto como una manifestación de las fuerzas comunistas en acción.

Estos escritores experimentaron esa sensación de indefensión ante los bombardeos de forma diferente, en algunos casos incluso de forma sorprendente. La indignación no fue siempre el sentimiento preeminente. Tanto Romilly como Cornford experimentan una cierta sensación de alivio cuando comprueban que aunque las bombas habían alcanzado algunos objetivos civiles al menos ellos seguían vivos, lo que indica esa actitud de solipsismo amoral que a veces tiene que adoptar el soldado como mecanismo de supervivencia. Romilly describió con gran carga emotiva la sensación de impotencia que experimentó durante los bombardeos de Madrid al comprobar cómo afecta por igual a todas las personas independientemente del sexo, edad o cualquier diferencia personal.

Bates y Sender ofrecen relatos dramáticos sobre bombardeos en las trincheras con un símbolo común muy llamativo, el de las mulas de carga gruñendo y gimiendo. Y ambos transmiten esa terrible sensación de impotencia ante aquel horror infernal. Sender incluso escribe con admiración sobre la precisión matemática de los proyectiles alemanes y dice que, después de un tiempo, uno se acostumbra y puede predecir dónde van a caer y así evitarlos. Incluso llega a afirmar que si se rellenaran con la sustancia adecuada podría ser una buena forma de morir.

Obviamente, el tema de la muerte es algo omnipresente en la mayor parte de los relatos de estos autores. Morir y matar eran preocupaciones constantes y obsesivas y hay que tener en cuenta que solo unos meses antes la perspectiva de que se vieran involucrados en cualquiera de estas situaciones, pertenecería al dominio de la ficción. Un año después de haber publicado sus memorias sobre la guerra española, Wintringham escribió otro relato en el que revelaba que cuando él había sido un

objetivo del enemigo, mientras escuchaba el silbido de las balas se repetía a sí mismo que no quería morir llorando. Él confesó más tarde que había hecho estas revelaciones para dar moral a los soldados que luchaban en la Segunda Guerra Mundial, haciéndoles ver la normalidad de semejantes reacciones en el frente.

Otra experiencia conmovedora a la que se refieren con frecuencia es la de estar en compañía de cadáveres durante períodos prolongados. En la historia de Bates “43rd Division” un héroe que no resulta del todo convincente mata a cuatro fascistas y se queda dormido junto a sus cuerpos. Cuando se despierta abandona el lugar y, sin más preámbulos, se olvida del incidente. Ni que decir tiene que esta indiferencia ante el hecho trágico es sólo posible en la ficción pero no ocurría en el día a día del conflicto: la historia que cuenta sobre uno de sus hombres al que tuvo que rematar debido a la gravedad de sus heridas ilustra perfectamente el impacto brutal al que está sometido el soldado en el frente.

La población civil tampoco se libraba de enfrentarse a la tragedia aunque estuviera lejos del frente. En un breve pasaje al final de *Contraataque*, Sender nos narra la historia de un hermano suyo ejecutado por los fascistas por el simple hecho de ser el alcalde del pueblo que acababan de tomar. No contentos con eso, ejecutaron también a su esposa por razones que nunca pudieron descubrirse.

ADDENDA

- Ralph Bates abandonó España en 1938 y se convirtió en un profesor universitario en los Estados Unidos. Murió en el año 2000.
- Ramón J. Sender se trasladó a Francia, después a los Estados Unidos y finalmente a México donde residió desde 1938. Siguió escribiendo de forma prolífica y regresó a España en la década de los setenta. Murió en 1982.
- Tom Wintringham salió de España en noviembre de 1937. Siguió trabajando en temas militares y ayudó en labores de entrenamiento al ejército británico durante la Segunda Guerra Mundial. Fue expulsado del Partido Comunista, pero se mantuvo fiel a la causa. Murió en 1949.
- Esmond Romilly salió de España en diciembre de 1937. Se marchó a Estados Unidos y después a Canadá, donde se alistó en las Fuerzas Aéreas. Fue declarado "desaparecido en combate" en noviembre de 1941 durante la Segunda Guerra Mundial.
- Ralph Fox fue dado por muerto el 26 de diciembre de 1936 en Córdoba.
- Christopher Caudwell murió el 12 de febrero de 1937 en el valle del Jarama en su primer día de combate.
- John Cornford fue dado por muerto el 27 de diciembre 1936, el día que cumplía 21 años.
- Una bomba alemana alcanzó a Julian Bell mientras conducía una ambulancia el 18 de julio de 1937. Murió 12 horas después.

CONCLUSIÓN

A todos estos autores les unía una misma preocupación: no les gustaba la sociedad en la que vivían y querían luchar para cambiar la situación. Tampoco les gustaba el sistema socio-político que imperaba en Gran Bretaña lo que llevó a la mayoría a defender el marxismo como solución. Nunca llegaremos a conocer el grado de sinceridad de las opiniones que vertieron en sus escritos sobre si una revolución al estilo ruso era lo que querían para su propio país pero de lo que no cabe ninguna duda es que se hicieron eco del profundo sentimiento de privación y miseria que imperaba en las sociedades occidentales de aquel momento. En su opinión, el sistema no funcionaba y no veían otra alternativa que el marxismo para llevar a cabo un cambio profundo.

Las teorías marxistas encajaban muy bien en sus pretensiones y todos ellos coincidían en una serie de diagnósticos afines y en soluciones basadas en un profundo análisis de la situación. Y efectivamente sus posicionamientos habían provocado ya una verdadera revolución y se había convertido en la base para un futuro gobierno en Gran Bretaña. Además, eran escritores que ostentaban posiciones de privilegio y conocían perfectamente los recursos del sistema y los métodos propuestos para un cambio. La mayor parte de sus propuestas eran bastante radicales lo que convertía la misión en algo muy atractivo y emocionante. Pero tenía también sus inconvenientes: partían de que una sociedad tan compleja como la británica podía reducirse a un análisis meramente dialéctico y además sus defensores adoptaron una visión muy selectiva y por tanto parcial del desarrollo de los acontecimientos en la Unión Soviética.

Sabían que el orden establecido en España estaba seriamente amenazado y que sus posicionamientos, los mismos que debilitaban el *status quo*, estaban ayudando a los más reaccionarios a recuperar el control del Estado. Dentro de las distintas regiones, la gente estaba dividida en diferentes grupos: anarquistas, comunistas, socialistas, republicanos, sindicalistas y miembros de partidos varios pero incluso dentro de esos grupos había divisiones según las zonas. Todo el mundo en España estaba en

condiciones de luchar: la policía, la guardia civil y las organizaciones rivales, todos disponían de armas, incluso bombas. Gran parte de la población vivía sumida en una terrible pobreza y bajo una legislación injusta, mientras que la Iglesia, los terratenientes y los políticos de derechas se esforzaban por mantener el *status quo* oponiéndose a cualquier cambio.

España representaba el lugar y el momento idóneo para llamar la atención de novelistas y poetas. Después de vivir en un país donde el cambio había sido gradual y las protestas rara vez iban más allá de manifestaciones, protestas callejeras y pancartas, Cornford, Romilly y Bates debieron de encontrar el drama político que estaba viviendo España como algo fascinante, un campo abonado para su inspiración. Bates, no obstante, en sus relatos anteriores a la guerra, había mostrado ya cierta admiración por aquellos aspectos de la vida en España que parecían irreconciliables. Lo que era atractivo y chocante para Bates resultaba algo común y cotidiano para Sender. Para él, lo más novedoso y atractivo, a pesar del drama que se estaba viviendo, era explorar las posibilidades que existían para que pudiera surgir un nuevo sistema político tras el fracaso republicano.

Estos escritores comprobaron que lo poco que se había ganado desde la proclamación de la República estaba ahora en peligro. Y el peligro amenazaba con extenderse más allá de las fronteras españolas. En parte, esta fue una de las razones que los voluntarios esgrimieron para venir a combatir a España. Venían a luchar en contra del fascismo aquí pero también para evitar que se extendiera más allá. Su ineptitud y falta de preparación para el combate demostraron que poco podían hacer pero no se les puede negar el coraje y el valor. Para algunos aquello fue una temeridad que pagaron con sus vidas, para los que sobrevivieron una forma de demostrar a su gobierno y al mundo que una actitud más beligerante y menos timorata hubiera evitado males mayores.

En mi trabajo de investigación he intentado demostrar que los escritores y voluntarios que vinieron a luchar a España eran hijos de su tiempo, que sus planteamientos socio-políticos no pueden entenderse fuera de las coordenadas de los

años treinta, que tuvieron una evolución lógica desde posiciones pacifistas a otras más militantes y que llegaron a la conclusión de que al monstruo del fascismo no se le podía vencer sólo con la pluma. Creo que su decisión de defender una democracia burguesa (un sistema que antes habían criticado reiteradamente) no hay por qué tacharla de hipócrita ya que brotó de la misma motivación que sus profesiones marxistas. La sociedad europea de aquel momento les parecía injusta e insolidaria con una parte mayoritaria de la población, y el fascismo era simplemente una manifestación extrema de esta situación intolerable. Había que tomar las armas y ellos lo hicieron y muchos de ellos murieron. Algunos fueron tachados de diletantes, otros de románticos inadaptados, los más de ingenuos y crédulos pero dieron al mundo una gran lección de generosidad luchando por unos ideales en los que creían.